

Aproximación a la biografía de Lucrecio

JUAN CASCAJERO GARCÉS

No existen datos precisos acerca de la biografía de Lucrecio. Ni siquiera se conocen las fechas de nacimiento y muerte, objeto, todavía hoy, de debate. Dada la excepcional importancia de su figura histórica en el marco de la lucha ideológica de la tardía República Romana, filólogos e historiadores han sometido a una crítica textual extraordinariamente rigurosa las escasas fuentes que aluden al problema.

Sólo tres breves referencias se conservan¹: San Jerónimo, Donato y Cicerón son sus autores. De ellas debe partir todo intento de reconstrucción biográfica.

San Jerónimo dice: *Titus Lucretius poeta nascitur, qui postea amatorio poculo in furorem uersus, cum aliquot libros per interualla insanntiae conscripssisset, quos postea Cicero enmendauit, propria se manu interfecit anno aetatis XLIV*². El acontecimiento lo sitúa el santo, *Ad Ol.*, 171,³³ que corresponde al año 94-93 a.C.⁴

¹ No se considera, en este estudio, la *Vita Borgiana*, por cuanto su condición de reelaboración humanística está fuera de toda duda. Sobre el tema, G. D'anna, «Il lema ieronimiano su Lucrezio e la cronologia del poeta», en *Quad. della Riv. di cul. class. e med.*, VII, 1964, pp. 99 ss., sobre las huellas de I. Woltjer, «Studia Lucretiana», *Mnemosyne*, 1895, pp. 221-233; R. Fritsche, «Zur Lukrezbiographie des Borgius», *Berl. Phil. Woch.*, 1895; A. Brieger, «Bericht über die Lukrez-Litteratur», *Bursians Jahrbuch*, 1896; H. Diels, *T. Lucreti Cari, de rerum natura*, Berlín, 1924; O. Tescari, *Lucretiana*, Turín, 1935; G. della Valle, *Lucrezio e l'epicureismo campano*, Nápoles, 1935, entre otros. Tampoco se juzga oportuno, aquí, el tratamiento de la *glossa Monacensis* del siglo IX, publicada por H. Usener en *Rhein. Mus.*, XXII, 1867, pp. 442-446, quien propone, como lectura de su lema *d: Titus Lucretius poeta nascitur sub consulibus anni XXVIII ante Virgilium*. La glosa debe tener en cuenta el lema de San Jerónimo, como muestra su primera parte, en tanto que la forma de datar, introducida por el *consulibus* y la atención prestada a Virgilio parece reconducir a Donato.

² Se sigue la edición de R. Helm, *Eusebius Werke VII. Die Chronik des Hieronymus*, Berlín, 1956, pero se hace notar, no obstante, las dificultades y, en consecuencia, los riesgos existentes en la reconstrucción del texto a partir de los códices conocidos en la actualidad y cuya consideración no debe pasarse por alto a la hora de conducir todo proceso de investigación.

³ El código *Amandinus Valentianus* sitúa, sin embargo, el lema en la Olimpiada 171, 1, que corresponde al año 96-95 a.C.

⁴ No existe correspondencia entre el año consular romano y el año olímpico, aun cuando suele entenderse que el año romano coincide con el primero de los dos años, cuyas partes se

Donato dice: *Initia aetatis Cremonae egit usque ad uirilem togam quam XVII anno natali sou accepit isdem illis consulibus iterum duobus quibus erat natus euenitque ut eo ipse die Lucretius poeta decederet* (*Vita Uergilii*, 23-26).

Menos expresivo es el fragmento de Cicerón: *Lucreti poemata, ut scribis, ita sunt: multa luminibus ingenii, multae tamen artis; sed cum ueneris...* (*Ad Quintum fratrem*, II,9,3. La carta se escribe en febrero del 54 a.C.).

Las noticias cronológicas transmitidas por los fragmentos son breves y excluyentes entre sí, encerrando, además, el texto de Donato una grave contradicción interna.

San Jerónimo, al escribir su lema, debió tener como fuentes el *De uiris illustribus* de Suetonio y a su maestro, Donato⁵, pero resulta imposible, actualmente, conocer su criterio en la selección de los datos que aporta. Ofrece, en forma concreta, las fechas de nacimiento y muerte y, en modo más difuso, otras noticias.

Los dos *postea* del fragmento parecen estar dotados de significado diferente. El primer *postea*, cuando el Santo lo sitúa como nexo entre el nacimiento o florecimiento de un autor y cualquier suceso que relaciona, fenómeno típico en su forma de escribir, significa, simplemente, *a continuación* o *después*⁶. El segundo *postea*, en cambio, no puede encerrar ese significado, pues, en ese caso, se alejaría la fecha de publicación del poema, que, como se intentará demostrar, tuvo lugar inmediatamente después de la muerte de Lucrecio. Atendiendo a otros textos jeronimianos, se arriba al significado de *después de su muerte*⁷, y, puesto que la carta de Cicerón, a la que pertenece el fragmento citado, es de febrero del 54 a.C., el lema dice claramente que el poeta habría ya muerto antes de esa fecha.

Pero esa datación, unida a la edad en que muere, 44 años, es contradictoria con la fecha de su nacimiento, situado *Ad Ol.*, 171,3, correspondiente al año 94-93 a.C., con lo que el poeta-filósofo habría muerto a los 40 años. Se sabe, no obstante, que cuando el Santo concede una edad fija, no suele

incluían en el año olímpico. De modo que el año 3 de la olimpiada 171 duró, dada su condición de impar, desde agosto-septiembre del 94 a.C. hasta agosto del 93 a.C., designándose, según la costumbre, con el 94 a.C. (Cf. R. scarcia, «Il calcolo olimpico e un'ipotesi sulla genesi del sincronismo delle biografie di Lucrezio e di Virgilio», *Quad. della Riv., op. cit.*, pp. 9-26.)

⁵ Puesto que el autor maneja más de una fuente, el hecho de que alguna de sus noticias sea falsa, no excluye la posible veracidad de las restantes, independientemente de la actitud más o menos belicosa del Santo. Por ello, el problema no puede ser planteado en términos de aceptación o rechazo del bloque de noticias que transmite. Cf. U. Pizzani, *Il problema del testo della composizione del De Rerum Natura di Lucrezio*, Roma, Ateneo, 1959, pp. 11-17.

⁶ Cf. G. D'anna, *op. cit.*, p. 104.

⁷ San Jerónimo suele desechar el *post obitum* de su maestro, Donato, con la introducción personal del adverbio *postea* guardando, obviamente, el mismo significado y explicándose el cambio por razones estilísticas. Cf., por ejemplo, *Uarius et Tuca, Uergilii et Horatii contubernales, poetae habentur illustres, qui Aeneidos postea libros enmendarunt sub lege ea ut nihil adderent* (San Jerónimo, según Helm, *op. cit.*, p. 166). La fecha de este lema es datada por el Santo *Ad Ol.* 190,4=17-16 a.C. La noticia la toma directamente de Donato, quien, en lugar del *postea* jeronimiano, había usado el *post obitum*: *L. Uarium et Plotium Tucam qui eius Aeneida post obitum iussu Caesaris enmendauerunt.* (*Uita Verg.*, 140.) Cf., el análisis realizado por D'anna, *op. cit.*, pp. 104 ss.

equivocarse⁸, lo que induce a pensar que, quizá, hubiese podido sufrir una confusión entre los cónsules del 94 a.C. y los del 98 a.C. por la gran afinidad gráfica de sus nombres (los cónsules del 98 fueron *Caecilius* y *Didius*, los del 94, *Caelius* y *Domitius*).

Complica la investigación cronológica el aludido texto de Donato, al afirmar que Virgilio tomaba la toga viril a los 17 años, el mismo día que moría Lucrecio, siendo cónsules por segunda vez los mismos que lo eran cuando nació. Noticia contradictoria porque Pompeyo y Craso fueron cónsules por primera vez el año 70 a.C. (cuando realmente nace Virgilio, el 15 de octubre) y por segunda, en el 55 a.C., momento en que Virgilio contaba sólo 15 años y, por tanto, fuera de la edad para vestir la toga viril. Podría otorgarse, siguiendo a Rostagni y a Grimal⁹, más valor al *XVII anno natali suo* que al *iterum consulibus* y datar la cronología de Lucrecio en 96-53 a.C., pero, con ello, resultarían insalvables las siguientes objeciones:

1.^a No puede darse, a la ligera, más peso al cumpleaños de Virgilio que al segundo consulado de Pompeyo y Craso.

2.^a La carta de Cicerón sitúa la muerte de Lucrecio antes de febrero del 54 a.C.

3.^a San Jerónimo no menciona el famoso sincronismo de Donato, teniendo en cuenta que el Santo es adicto a todo tipo de contactos cronológicos y sincronismos, omitiéndolo, en cambio, al hablar de la toma de la toga viril de Virgilio.

Por ello, parece probable la existencia de una interpolación donatiana sobre el texto-fuente de Suetonio¹⁰. Si San Jerónimo, teniendo delante el sincronismo de su maestro y gustando de esa técnica, lo rechaza, indica que habría encontrado en Suetonio otra fuente más convincente.

Así pues, la muerte de Lucrecio podría datarse en el año 54 a.C.¹¹ y, puesto que no existen fundamentos para dudar del *anno setatis XLIV* de San Jerónimo, puede sostenerse que la vida del personaje en estudio transcurrió entre los años 98 y 54 a.C.

La noticia que introduce el *enmendavit* en el lema de San Jerónimo debió ser tomada de Suetonio, puesto que es sumamente conjeturable que el Santo hubiera podido llegar a tal conclusión a partir del posible examen de la carta ciceroniana. El análisis de la compleja evolución semántica del verbo *enmendare* proporciona la impresión de que ese verbo tiene ya en Suetonio un

⁸ Cuando duda, propone una edad aproximada, que suele ir introducida por *prope, usque ad* o adjetivos ambiguos, como *septuagenarius, nonagenarius maior*, etc. A veces, aún partiendo de fechas de nacimiento erróneas, acierta rotundamente en la edad, como en el caso de Lucilio, Catulo o Mesala Corvino. Cf., igualmente, D'anna, *op. cit.*, pp. 115-18.

⁹ A. Rostagni, «Ricerche di biografia lucreziana», *R.F.I.C.*, LXV, 1937; P. Grimal, «Lucrèce et l'hymne à Venus», *Rev. ét. lat.*, XXXV, 1957. Igualmente, L. Perelli, *Lucrezio, letture critiche*, Milán, Mursia, 1977.

¹⁰ Cf. E. Paratore, *Una nuova ricostruzione del De poetis di Suetonio*, Bari, 1950.

¹¹ Con ello concuerda el hecho de que Cornelio Nepote, en T. P. Atticus, 12,4, sitúa el nombre de Lucrecio antes que el de Catulo, a propósito de su muerte, lo que puede indicar que la muerte de Lucrecio precedió a la de Catulo, que ocurrió en el 54 a.C.

significado más amplio que el de la simple acción de corregir, habiendo demostrado Paratore¹² que, en San Jerónimo, debe traducirse como *corregir con vistas a la publicación*, resultando, en consecuencia, cercano a la sinonimia de *edere*, con lo que adquiere verdadero sentido en relación con la carta de Cicerón: Quinto, después de haber leído el poema lucreciano, lo envía a su hermano Marco, quien se lo devuelve, una vez ojeado, declarando estar de acuerdo con él, con lo que no se puede negar el interés de los dos hermanos por la obra, noticia que, recogida por Suetonio, habría sido después aceptada por San Jerónimo. La edición de la obra, pues, se habría llevado a cabo a través de la intervención directa de Cicerón, aun cuando a esta consideración se oponga el insistente silencio del Arpineta tanto sobre la edición como sobre Lucrecio.

Ya Forbiger, en 1826, negaba la participación de Cicerón en esa edición (*T. Lucreti Cari, De Rerum Natura*, Londres, pp. XXXVI-XXXVII). Poco después Bernais (*De emendatione Lucreti, Rh. Mus.*, V, p. 586) y Lachmann (*T. Lucreti Cari, de Rerum Natura*, 4.^a ed., Berlín, 1882, p. 63) iniciaban otra corriente de interpretación concediendo la edición a Quinto Cicerón y no a Marco. Pero, como de inmediato afirmara Munro (*Titi Lucreti Cari, De Rerum Natura*, Cambridge, 1893, p. 2), cuando se habla de Cicerón siempre se hace referencia a Marco y no a Quinto y San Jerónimo alude secamente a *Cicero*.

El juicio que se desprende de la carta ciceroniana, aún susceptible de ser diversamente interpretado¹³, no parece negativo y, por tanto, no habría representado un obstáculo para que fuese editado por Cicerón. Pero, si lo leyó y lo corrigió con vistas a su publicación, también lo silenció, habiendo tenido múltiples ocasiones para referirse a Lucrecio en su eterna polémica filosófica contra las doctrinas epicúreas¹⁴. Incluso, cuando hacia el 54 a.C. comienza a escribir sobre filosofía, momento en que Lucrecio, según nuestra hipótesis, ya había muerto, afirma ser el primero en escribir de filosofía en lengua latina (*Tusculanae disputationes*, I,3) y, al referirse a los epicúreos latinos, otorga el primer puesto, como expositor de la doctrina, a Amafinio (*Tuscul.*, IV,3,6-7), mientras Lucrecio afirma, en forma clara, ser él el primero (*De Rerum Natura*, V, 336-337).

La contradicción podría resolverse al tener en cuenta que Amafinio sería, para Cicerón, el primer expositor de las teorías éticas del epicureísmo, menos difíciles que sus fundamentos físicos y con éxito de público asegurado, en

¹² «Emendo in Suetonio-Donato e S. Girolamo», en *Quaderni...*, pp. 137-159.

¹³ P. Boyancé, *Lucrezio e l'epicureismo*, Brescia, Paideia, 1970, pp. 47 ss., expone las interpretaciones posibles, y E. Cocchia, *Un giudizio di Cicerone su Lucrezio*, pp. 135-141.

¹⁴ La lectura del poema lucreciano por Cicerón está fuera de toda duda y se nota fácilmente en sus escritos filosóficos. No representaría obstáculo el hecho de que tenga palabras muy duras para los investigadores de la naturaleza (*Tuscul.*, I, 21,48), teniendo en cuenta que él mismo, en su juventud, había traducido «los Fenómenos» de Arato. Cf. D'anna, «Alcuni aspetti della polemica antiepicurea di Cicerone», *Quaderni...*, VIII, pp. 7-52. Fácilmente se descubren las huellas de Lucrecio en *De Republica*, *De Finibus* y *De Natura Deorum*.

tanto que Lucrecio sería el primero en tratar el árido tema de la Física¹⁵. Por lo que se refiere a su silencio posterior, éste puede explicarse a la luz de los conocimientos actuales sobre la peculiar opción ideológica ciceroniana: una vez retirado a la vida privada, dedicado al estudio y a la meditación, no podía por menos que odiar al epicureísmo, como una de las causas de la crisis espiritual romana y cuestionarse, en consecuencia, muy seriamente su oportunidad al participar en la edición de la obra lucreciana.

La *enmendatio* del *De Rerum Natura* no suponía un *uulnus* excepcional, por otra parte, en la conducta ciceroniana. Entre sus amigos no faltaban epicúreos y, sobre todo, entre ellos se encontraba su mejor amigo, Pomponio Ático, editor, quien supo estar con él en los momentos más dramáticos de su vida. El ascendiente de este personaje sobre Cicerón está demostrado por la correspondencia epistolar entre ambos, debiendo Cicerón, a veces, llevar a cabo empresas nada agradables para él, en función de su fidelidad al amigo¹⁶. Llegada la obra a manos de Ático, Cicerón no se habría atrevido a rechazar la demanda de revisión hecha por el primero, cuando en el 54 a.C. aún no había comenzado su labor filosófica y teniendo en cuenta que el juicio que le merecía la obra en cuestión no era negativo. De modo que, refiriendo las fuentes que Cicerón *enmendauit* el *De Rerum Natura* lucreciano y no habiendo bases racionales para rechazarlo, debe aceptarse como probable la hipótesis de la preparación de la obra lucreciana por Cicerón con vistas a su publicación.

Tema controvertido¹⁷ es el de la veracidad encerrada en la expresión *qui postea poculo amatorio in furorem uersus... propria se manu interfecit* del lema de San Jerónimo. El asunto cobra especial interés por cuanto, indebidamente, puede usarse como argumento en relación con la adecuación o inadecuación de su obra con su mundo. En otras palabras, la insistencia en su presunta locura suele ir acompañada, en la bibliografía sobre el tema, de la afirmación de que la empresa lucreciana fue una lucha contra fantasmas propia de una mente enferma. Excede, por tanto, al mero interés por el dato biográfico para convertirse en pieza clave en el análisis de los enfrentamientos ideológicos de la tardía República Romana.

¹⁵ Cicerón (*Ad fam.*, XV, 19) asocia el nombre de Amafinio al de Casio Insubre que se cita como muerto recientemente en el año 45 (*Ad fam.*, XV, 16), con lo que hace de él contemporáneo de Lucrecio. Cf. U. Pizzani, *Il problema...*, pp. 41-48.

¹⁶ Según se desprende de Cicerón (*Ad fam.*, XIII, 1), él mismo debe rogar a Memmio, en nombre del epicúreo Padrón, que devuelva a los epicúreos el terreno de la casa de Epicuro, que el Areópago le había regalado por decreto.

¹⁷ Cf. Brandt, «Lactancius und Lucretius», *Jahrb. f. Phil.*, CXLIII, 1895, pp. 225 ss.; R. Pichon, «Les travaux récents sur la biographie de Lucrèce», *Journ. d. Savants*, VIII, 1910, pp. 70 ss.; K. Ziegler, «Der Tod des Lucretius», *Hermes*, LXXI, 1936, pp. 421-440; L. P. Wilkinson, «Lucretius and the love-philtre», *Class. Rev.*, 1949, pp. 47 ss.; H. Paratore y H. Pizzani, *Lucreti De Rerum Natura. Loci notabiles*, Roma, Ateneo, 1960, pp. 19 ss.; Trencsényi-Waldapfel, «Cicéron et Lucrèce», *Acta ant. Acad. Scient. Hung.*, 1958; H. Pizzani, *Il problema...*, pp. 11 ss.; U. Scamuzzi, «Il poeta Tito Lucrezio Caro fu veramente pazzo?», *Castalia*, 1960, pp. 86-92; Logre, *L'anxiété de Lucrèce*, Paris, 1946; L. Perelli, *Lucrezio, poeta dell'angoscia*, Florencia, La nuova Italia, 1974, toda la obra, insistentemente en pp. 18-22, y *Lucrezio...* *op. cit.*, pp. 5-20.

Recientemente, Perelli¹⁸ atacaba el tema desde la perspectiva de una preparación psiquiátrica profunda concluyendo con la tesis de que la locura de Lucrecio es demostrable e inobjetable desde el punto de vista médico y científico.

Sin embargo, ni el estudio filológico, ni la comprensión de su conducta a través del análisis de su obra en relación con los estímulos que su época le ofrecía demuestran ese pretendido desquiciamiento.

En el origen de la noticia sobre su locura debe considerarse la posibilidad de un mal entendido, más o menos intencionado, por parte de San Jerónimo, hacia el *delirat Lucretius* de Lactancio (*De Opifio Dei*, 6,1) o del *furor arduus docti Lucreti* de Estacio (*Silvae*, II,7,76). Ya Ziegler («Der tod des Lucretius», *Hermes*, LXXI, pp. 420-440) notaba que si Lactancio, que hacía delirar a Lucrecio por adherirse a Epicuro, hubiera conocido la noticia de su locura no habría dejado de usarla para desacreditar las dotrinas adversas. De no aludir a la locura, debemos suponer que, en su época, no existía mención alguna de ella, puesto que si hubiese estado incluida en el *de poetis* de Suetonio habría sido conocida por el ambiente retórico del siglo IV d.C. en que se movía¹⁹. Mientras el uso del verbo *decedere* por Donato se aviene mal con el concepto de suicidio.

Debe, igualmente, atenderse a la posibilidad, señalada por Wilkinson («Lucretius and the love-philtre», *Class. Rev.*, 1949, pp. 47 ss.) y seguida por Paratore (*Lucreti De Rerum natura, loci notabiles*, Roma, Ateneo, 1960, pp. 19 ss.), de confusión, más o menos malévola, de Lucrecio con Lúculo quien murió, según Plutarco (*Vida de Lúculo*, XLIII) y Plinio el Viejo (*Hist. Nat.*, XXV,25)²⁰, a causa de la locura originada por el filtro amorio que le propinó su esclavo Calistenes. Considerando que San Jerónimo había ya encontrado en Suetonio la expresión *amatorio medicamento... in furorem uersus*²¹, pudo haber adoptado la idea como propicia²².

¹⁸ *Lucrezio poeta...*, *op. cit.*, dedica, en realidad, toda esta obra a la demostración, sobre base científica, de la locura del poeta. En p. 21, por ejemplo, dice: «Ho studiato più a fondo la questione sulla scorta di trattati di psiquiatria, ed ho presso visione dell'opera del Logre, poco nota e poco accessibile in Italia soltanto dopo che aveno raccolto per parte mia un buon numero de indici e di sintomi clinique.»

¹⁹ La tesis de Ziegler resulta aceptada y reforzada por A. Rostagni, «Ricerche...», pp. 25 ss., quien refuerza ese *argumentum ex silentio*, sobre las bases de que en torno al *delirat* y al *furor* se hubiera formado, por razones apologeticas, la tradición de la locura, que recogió San Jerónimo de los ambientes cristianos, desacreditando, así, una obra escrita *per interualla insaninae*.

²⁰ Lúculo es contemporáneo de Lucrecio y las fechas de nacimiento y muerte son cercanas. Lúculo nace hacia el 106 y muere en el 57 a.C., en tanto que Lucrecio, según pretendemos, vivió entre 98 y 54 a.C. Un error de este tipo no sería demasiado escandaloso. Nótese, además, que Lúculo, a pesar de pertenecer a la Antigua Academia de Antioco de Ascalón, llamó la atención hacia el fin de sus días por sus holganzas y comilonas, con lo que podría resultar atractivo asociar ambas personalidades con el propósito de estigmatizar al peligroso epicureismo.

²¹ Calígula, 50, *Creditur potionatus a Caesonia uxore amatorio quidem medicamento, sed quod in furorem uersus*.

²² Scamuzzi, *op. cit.*, pp. 86-92, señala las múltiples coincidencias que hacen pensar en la facilidad con que los datos romancescos de la libelística se repiten en la literatura escolástica de la latinidad tardía.

Sirve de apoyo para la tesis de mantenimiento de la veracidad del Santo la pretensión de atribuir incoherencia y no finitud a la única obra conocida de Lucrecio, *De Rerum natura*, exposición sistemática de la Física de Demócrito, según la adaptación particular que de ella hace Epicuro y con algunas modificaciones introducidas por el poeta para adecuarla a sus propósitos. Sólo aparentemente podrían ser consideradas como irregularidades algunas características que la obra encierra: el final terrorífico con que concluye el poema (VI, 1138-1286), la constatación de frecuentes repeticiones de versos²³, la supuesta alusión a promesas que no llegan a cumplirse²⁴, la ausencia de una verdadera teología y, en fin, la discutible contradicción entre sus fines y los medios que aplica a su consecución.

Sin embargo, al comenzar el último libro, el VI, pide el poeta un definitivo esfuerzo a su musa, señal inequívoca de que con ese canto piensa terminar su obra²⁵. Nada anormal puede encontrarse en la espantosa visión de la peste de Atenas con que finaliza el poema, si se observa que la obra ofrece un perfecto equilibrio en sus seis libros, agrupados en conjuntos de dos en dos, terminando todos ellos con un final dramático y, por tanto, nada impide que ese fuese el final pensado por el autor²⁶.

Ya Schijvers²⁷, por otra parte, aludió a que sus frecuentes repeticiones no demostraban una carencia mental sino, en todo caso, la comprensión, por parte de Lucrecio, de fenómenos psicopedagógicos que le harían insistir en sus puntos doctrinales fundamentales. Tampoco puede buscarse contradicción entre el fin de liberar a las almas del miedo y su especial atención a los problemas físicos, por cuanto esa es la vía que considera oportuna para la liberación efectiva de los males que atenazan a la humanidad.

Más dificultades ofrece el anulamiento, como prueba de no finitud del poema y, en consecuencia, apoyo para la tesis que sostiene su locura y muerte violenta, el tratamiento de su supuestamente no cumplida promesa fundamental de hablar de los dioses largamente:

*Quae etiam sedes quoque nostris sedibus esse
dissimiles debent, tenues de corpore eorum;
quae tibi posterius largo sermone probabo (V, 153-155).*

La promesa, empero, como afirma Pizzani (*D. R. N., Loci Notabiles*, pp. 174 ss.), puede aludir, con su *largo sermone probabo*, a las moradas de los dioses y no a su naturaleza, cumpliendo Lucrecio, desde esa perspectiva,

²³ III, 474=III, 510; III, 746=III, 763; IV, 65-66=IV, 102-103; IV, 1034=IV, 1047; V, 1388-1389=V, 1454-1455; VI, 988-989=VI, 995-996; I, 146-148=II, 59-61; III, 91-93=VI, 39-41 y I, 926-950 muy parecido al proemio del libro IV.

²⁴ La más importante en V, 153-155. Véase texto.

²⁵ VI, 92-94: *Tu mihi supremae praescripta ad candida calcis currenti spatium praemonstra, callida musa Calliope, requies hominum diuomque uoluptas.*

²⁶ Cf. E. E. Sikes, *Lucretius, poet and philosopher*, Cambridge, 1936, p. 89, en oposición a Pascal, «Carmi perduti di Lucrezio», *Scritti vari*, Turin, 1920.

²⁷ «Elements psychagogiques dans l'oeuvre de Lucrèce», *Actes du VIII Congrès*, Paris, Les Belles Lettres, 1968, pp. 365-370.

ampliamente su promesa, puesto que todo el libro V y el VI se orientan a la demostración de que los dioses no están en este mundo, ya que no intervinieron en la génesis y desarrollo de los fenómenos naturales y al tema de las moradas divinas vuelve reiteradamente en el libro V (1183 ss.; 306-310; 1152-1160). Al verso V, 155 le sigue, por lo demás, el tratamiento del origen del mundo (V, 156-194) en el que, radicalmente, son excluidos los dioses. Así, el que falte una auténtica teología en su doctrina no impide al autor cumplir con su intención última de librar a los hombres del miedo a la divinidad, pues, al explicar la naturaleza mecánica de los fenómenos naturales y mundanos, excluye a los dioses de este mundo. Debe considerarse, además, para una mejor comprensión del fenómeno, que la teología epicúrea encierra una grave aporía, cuyo conocimiento quizá aconsejara a Lucrecio no insistir en tema tan delicado: los dioses existen en los *intermundia* y el conocimiento que de ellos tiene el hombre, implica la recepción de las partículas emanadas de ellos (V, 1169-1178), lo que exige reconocer la existencia de contactos entre mundo humano e *intermundia*, con lo que se abriría una grieta extremadamente peligrosa para un sistema físico orientado, en gran parte, a la demostración de la imposibilidad de tales relaciones.

A la luz de su estructura interna, la coherencia de su composición es incuestionable. Consta el poema de seis libros, divididos en tres partes de dos libros cada una. Cada parte va introducida por un proemio, válido para los dos libros que incluye. Los proemios, pues, están situados en el comienzo de los libros I, III y V, siendo su propia estructura símbolo de la de toda la obra.

El proemio del libro III, que introduce también el IV, consta de cuatro partes:

- 1.^a Elogio de Epicuro (1-30).
- 2.^a Resumen del libro II y anuncio del III (31-40).
- 3.^a Disgresión sobre los propósitos del autor que trata de combatir los efectos nefastos del temor a la muerte (41-85).
- 4.^a Fórmula de transición que introduce el tratamiento de la nueva materia.

El proemio del libro V, que introduce también el VI, consta de las mismas partes:

- 1.^a Elogio a Epicuro (1-54).
- 2.^a Resumen del tema anterior y anuncio del V (55-77).
- 3.^a Disgresión sobre el tema del nuevo libro (79-90).
- 4.^a Fórmula de transición.

El proemio del libro I ofrece la particularidad de introducir no sólo a los libros I y II sino también a todo el poema. Consta también, de cuatro partes:

- 1.^a Himno a Venus (1-43).
- 2.^a Sumario del libro I (50-61).
- 3.^a Disgresión sobre Epicuro y sus propósitos personales (62-145).
- 4.^a Fórmula de transición.

La analogía entre los tres proemios es obvia y prueba que han sido meditadamente realizados. El hecho de que el proemio particular del libro I (50-60) preceda al proemio general (62-145) no resulta de existencia de improvisación, sino de la aplicación de la técnica, típicamente lucreciana, de sus pensión de pensamiento, como recuerda Pizzani (*Loc. Not.*, pp. 130 ss.). De este modo, si la estructura proemial resulta indicativa de la arquitectura general de la obra, y goza de extrema coherencia, debe coincidir con la *multae tamen artis* del juicio cieroniano y, en absoluto, conceder supuestos de inconexión, que confirmen la locura del poeta-filósofo.

El discutido tema del orden de composición de los libros no altera nuestro juicio, por cuanto la obra puede mantenerse íntegra en su solidez estructural, independientemente de que los libros fueran o no, escritos en el orden que hoy ofrecen, pues, como es lógico suponer, los diversos temas irían tratándose de acuerdo con la inspiración del autor. No existe, además, prueba definitiva alguna que demuestre que el autor hubiese concebido en algún momento un ordenamiento de sus libros diferente al que nos ha llegado.

Sólo una visión superficial consideraría lógico que los libros III y IV, en que estudia la problemática humana, siguiesen al V y VI, dedicados al estudio del mundo, en lugar de precederlos, de modo que el orden adecuado situase en primer lugar los libros I y II, referidos a los fundamentos físicos de su doctrina, el V y VI, referidos al mundo, y el III y el IV, referidos al hombre. Si se observa que el objetivo fundamental de Lucrecio es la eliminación del miedo a la muerte y a los dioses, nada hay de anormal en que los libros III y IV en que se elimina el temor a la muerte, precedan al V y VI en que se pretende erradicar el miedo a la divinidad.

De modo que del análisis del poema puede deducirse que, en lo fundamental, fue acabado gozando de una gran coherencia interna, aún cuando existan ciertas aporías de orden formal y quedase a falta de unos últimos retoques, que no harían sino confirmar la noticia jeronimiana sobre la póstuma corrección de Cicerón.

Nada dicen las fuentes sobre su origen y medio social²⁸. Hoy continúa siendo un misterio el silencio que sobre el poeta mantuvo su época, sólo relativamente roto, después, con Virgilio (*Bucol.*, VI, esp. vv. 31-40, y *Georg.*, II, 490-492), Horacio (*Sat.*, I,5, 101-103) y Ovidio (*Amor.*, I,15, 23-24), quienes tampoco otorgan dato biográfico alguno.

Su obra aparece como abstraída de las dramáticas vivencias de su tiempo,

²⁸ G. della Valle, *Tito Lucrezio Caro e l'epicureismo campano*, Nápoles, 1935, le concedió la Campania como lugar de origen y ambiente de formación, asociándole a la escuela de Filodemo, por lo que como provinciano, no había recibido la atención de Cicerón ni de sus contemporáneos hasta su redescubrimiento por la escuela poética campana de Virgilio y Horacio. Toda la obra persigue la tesis del origen campano de Lucrecio. Analiza su *nomen* y *cognomen*, encontrándolo, aunque separados, en las inscripciones pompeyanas. Encuentra significativo que en Pompeya existiera el culto a la Venus Física, por la que Lucrecio mostraba predilección y que en esa ciudad se fundara, en el 80 a.C., la colonia *Veneria Cornelia* para los veteranos silanos, por el suegro de Memmio, dedicatario del poema. Sus tesis eran, poco después, rebatidas por A. Traglia, *Sulla formazione spirituale di Lucrezio*, Roma, 1948, pp. 11 ss.

lo que dificulta todo intento de obtención, a través de ella, de noticias sobre su persona. Ciertas alusiones parecen indicar que vivió en Roma, al describir ciertos acontecimientos que sólo en la gran Metrópoli habrían podido producirse: referencia a los espectáculos militares en el campo de Marte (II, 40-43), contemplación de la procesión de Cibele (II, 648-653), alusión a los grandes fastos y espectáculos teatrales (II, 416; IV, 75-83; IV, 978-983; VI, 109-112), descripción de palacios suntuosos (II, 23-28) crítica rabiosa de las ambiciones desatadas para alcanzar el poder (II, 11-13; III, 59-73), distinción entre el ciudadano romano y el bárbaro (V, 36) y referencia, en fin, a Roma como a su patria y al lenguaje latino como a su lengua paterna (por ejemplo: I, 41; I, 832; III, 260; IV, 970; V, 337; VI, 298). De lo que puede deducirse que Lucrecio, aun cuando pudiera no haber nacido en Roma, la conocía, estaba familiarizado con ella y se sentía romano.

Sólo en una ocasión las conmociones sociales y políticas son atendidas en el poema en forma expresa, cuando dice:

*Nam neque nos agere hoc patriai tempore iniquo
possumus aequo animo nec Memmi clara propago
talibus in rebus commune desse saluti* (I, 41-43).

Sin atender a las múltiples fechas otorgadas a ese *patriai tempore iniquo*, todas ellas basadas en conjeturas, merece la pena destacar la opinión de Boyancé (*Lucrezio e l'epicureismo*, Brescia, 1970, p. 24) y de Paratore (*op. cit.*, pp. 93). Boyancé, desentendiéndose de toda fecha, postula que, dado que Lucrecio afirma en otros lugares gozar de tranquilidad (por ejemplo, I, 142), el ablativo *tempore iniquo* no tendría un valor temporal sino condicional, con lo que el texto afirmaría que el sabio podría abandonar su quietud si la situación fuese tan trágica que le impidiese gozar de la *ἀταραξία*. Para Paratore el *tempore iniquo* alude al ambiente de intranquilidad, en general, en que se vivía, afirmando que, en casos tan extremos, está permitido al sabio salir de su ostracismo.

Tampoco la dedicatoria del poema²⁹, ni sus referencias múltiples al aristócrata Memmio (por ejemplo, I, 26, 42, 411, 1052; II, 143, 182; V, 8, 93, 164, 867, 1282), ni la consideración de la *sperata uoluptas suavis amicitiae* (I,

²⁹ La dedicatoria del poema no parece agotar su contenido en la referencia Memmio, a pesar del tono personal de algunos pasajes (por ejemplo, I, 50-55; I, 400-416) y el sentido de la amistad epicúrea. Nada impide, por el contrario, considerar a Memmio, en aquellos momentos difíciles, como un símbolo de aquellos hombres públicos de comportamiento político y moral dudoso, pero en los que podía encontrarse ciertas actitudes positivas. No conviene olvidar, por otra parte, que la obra, presidida por la dicotomía esencial de la época, libertad-esclavitud, se dirige a quienes, liberados del trabajo manual, disponen de tiempo para dedicarse a la ciencia y a la política. Pero, a medida que se avanza en el poema, las referencias directas a Memmio van enrareciéndose hasta perderse en un proceso de generalización en los últimos cantos, lo que amplía el campo de la dedicatoria que, en último término, engloba a toda la humanidad, siendo expresiva la justificación que hace de su elección de la forma poética para el tratamiento de una doctrina de la que, por su dificultad, *retroque uolguis abhorret ab hac* (I, 944-45, véase todo el fragmento; I, 936-950, versos, casi textualmente, repetidos en IV, 11-25).

140-141) del filósofo hacia el política pueden conducir a conclusiones firmes sobre su rango social.

A la luz de las fuentes existentes puede concluirse, por tanto, en el sostenimiento de las siguientes hipótesis: Tito Lucrecio Caro nació, en lugar desconocido, entre los meses de septiembre del 98 y agosto del 97 a.C. Conocía Roma y se sentía romano por lo que es probable que su vida transcurriera, al menos temporalmente, en la gran ciudad, habiendo disfrutado de una situación económica lo suficientemente acomodada como para disfrutar del largo aprendizaje que su amplísima cultura presupone. Su única obra conocida, el *De Rerum natura*, agota, por lo que se puede saber, los propósitos fijados de antemano por el autor, gozando de un elevado grado de coherencia, tanto en la trabazón de sus partes como en la estructura general del poema. Por otra parte, las fuentes a nuestro alcance no permiten ratificar la supuesta locura, que San Jerónimo le otorga. Murió en circunstancias y lugar desconocidos, entre los meses de septiembre del 55 y febrero del 54 a.C., en su año 44, es decir, habiendo cumplido 43³⁰. Poco después de su muerte, el poema debió caer en manos de Marco Tulio Cicerón, quien lo corregiría con vistas a su publicación, siendo explicable, y no contradictorio con este dato, el posterior silencio del Arpineta sobre Lucrecio, a la luz de los conocimientos actuales sobre la ideología y el proceder del primero.

³⁰ Quizá, el 15 de octubre, redimiendo parte del famoso sincronismo de Donato.

